

Acaso entre otras causas la facilidad de franquearla contribuye á resguardar mi casa de los atropellos de nuestras guerras civiles; la defensa atrae el ataque y la desconfianza la ofensa. Debilité las intenciones de los soldados, apartando de su empresa el riesgo de todo asomo de gloria militar, lo cual les sirve siempre de pretexto y excusa: aquello que se realiza valientemente se considera siempre como honroso cuando la justicia es muerta. Hágoles la conquista de mi mansión cobarde y traidora; no está cerrada para nadie que á sus puertas llama, tiene por toda guarda un portero, conforme á la ceremonia y usanza antiguas, cuyo cometido es menos el de prohibir la entrada que el de franquearla con amabilidad y buena gracia. Ni tengo más guardia ni centinela que el que los astros me procuran. Un noble hace mal en alardear de hallarse defendido cuando no lo está perfectamente. La residencia que tiene acceso por un lado lo tiene por todas partes: nuestros padres no pensaron en edificar plazas fuertes. Los medios de sitiar sin baterías ni regimientos, y la facilidad de sorprender nuestras viviendas crecen todos los días superando los de guardarse; los espíritus se aguzan generalmente en lo tocante á estas hazañas; las invasiones nos alcanzan á todos, el defenderse sólo á los ricos. Mi casa era fuerte para la época en que fué construída; nada hice por fortalecerla, y temería que su resistencia se tornara contra mí mismo; además un tiempo bonancible requeriría desfortalecerla. Es peligroso el no contar con su confianza y difícil encontrarse seguros de ella, pues en materia de guerras intestinas vuestro criado puede ser del partido que teméis, y allí donde la religión sirve de móvil ni los parientes mismos son gente de fiar, escudados en la defensa de la justicia. El erario público sería incapaz de sostener nuestros guardadores, se agotaría: sin nuestra ruina somos impotentes para sostenerlo, ó lo que es más injusto todavía, sin que el pueblo resulte esquilado. La pérdida mía no me acarreará consecuencias peores. Por lo demás acontece que, si os experimentáis perdidos, vuestros propios amigos se emplean en reconocer como causa vuestra falta de vigilancia ó imprevisión, mejor que en compadeceros; afirman que es la ignorancia ó la desidia en el manejo de los negocios de vuestra profesión la causa de vuestra desdicha. El que tantas casas bien guardadas se hayan perdido mientras la mía se mantiene en pie, háceme sospechar que aquéllas se desquicieron por encontrarse bien defendidas, circunstancia que provoca el deseo y da la razón al sitiador: toda centinela muestra faz de combate. Si así lo quiere Dios, un día será invadida mi morada; pero yo estoy muy lejos de atraer á nadie; es el asilo donde descanso lejos de las guerras que nos acaban. Mi intento es sustraer este rincón de la tormenta pública, como tengo guardado otro en mi alma.

Es inútil que nuestra lucha cambie de cariz, que se multiplique y diversifique en nuevos partidos, yo no me muevo. En medio de tantas residencias como hay en Francia de la condición de la en que vivo, defendidas á mano armada, sólo la mía está encomendada á la exclusiva protección del cielo: jamás alejé de ella vajilla de plata, contrato ni tapicería. No quiero yo vivir rodeado á medias de inquietudes, ni tampoco salvarme á medias. Si el favor divino llega á alcanzarme, me durará hasta el fin; si no me toca, bastante tiempo estuve en el mundo para que mi vida fuera advertida y registrada: ¿Cuánto? Hace treinta años bien cumplidos.

## CAPÍTULO XVI

## DE LA GLORIA

Existen el nombre y la cosa. El primero es una palabra que distingue y significa la cosa, no es una parte de la cosa misma ni de su sustancia. Es un fragmento extraño junto á la cosa y aparte de ella.

Dios, que es en sí mismo cúmulo y plenitud de toda perfección, no puede aumentarse ni crecer interiormente; mas su nombre puede aumentar y prosperar por la bendición y alabanza que aplicamos á sus obras exteriores. Como no nos es dable incorporar en la esencia divina nuestras alabanzas, tanto más cuanto que no puede existir la comunicación del bien, atribuimosla á su nombre, que fuera de él es la parte más cercana; por eso es sólo Dios el ser á quien la gloria y el honor pertenecen, y nada hay que más se aparte de la razón que el mendigarla para aplicarla á nosotros; pues siendo interiormente indigentes y miserables, cuya esencia es imperfecta, y teniendo constantemente necesidad de mejorar, á ello deben ir encaminados nuestros pasos. Estamos hueros y vacíos, y no es precisamente de viento y de palabras de lo que debemos llenarnos; precisanos una sustancia más sólida para nuestra reparación. Un hambriento sería bien simplote si prefiriera un hermoso vestido á una comida suculenta: hay que acudir á lo más urgente. Como dicen nuestras diarias oraciones: *Gloria in excelsis Deo, et in terra pax hominibus*<sup>1</sup>. Nos encontramos exhaustos de belleza, salud, prudencia, virtud y otras esenciales cualidades; los adornos exteriores se buscarán luego que hayamos atendido á las cosas necesarias. En la teología se tratan ampliamente estas materias; yo casi desconozco por completo esta ciencia.

1. Gloria á Dios en las alturas y paz á los hombres en la tierra. SAN LUCAS, *Evang.* II, 14.

Crisipo y Diógenes fueron los primeros y los que con mayor firmeza menospreciaron la gloria; y entre todos los goces aseguraban que no existía ninguno más peligroso ni que más debieramos huir que el que nos procura la aprobación ajena. Efectivamente, la experiencia nos hace sentir que nacen de ella traiciones de las más ruinosas: No hay cosa que envenene tanto á los principes como la adulación; ni nada tampoco por donde los perversos ganen crédito con facilidad mayor alrededor de aquéllos; ni rufianería tan propia y ordinaria para corromper la castidad de las mujeres como el regalarlas y dirigir las piropos y alabanzas. El primer encantamiento que las sirenas emplearon para engañar á Ulises fué de esta naturaleza:

Deça vers nous, deça, ô treslouable Ulysse,  
Et le plus grand honneur dont la Grece fleurisse<sup>1</sup>.

Decían aquellos filósofos que toda la gloria del mundo ni siquiera merecía que un hombre sensato extendiese un dedo para alcanzarla:

Gloria quantalibet quid erit, si gloria tantum est<sup>2</sup>.

Y al expresarme así sólo hablo de la gloria á secas, pues la hay á que suelen acompañar algunas ventajas merced á las cuales puede hacerse deseable: ella nos procura la amabilidad ajena; nos hace menos propensos á ser injuriados y ofendidos, y nos suministra otras ventajas semejantes. El desdén de la gloria era una de las principales reglas de la filosofía epicúrea, pues el precepto de esta escuela que dice OCVLTA TU VIDA, y que prohíbe á los hombres embarazarse con la carga de los negocios públicos, presupone necesariamente el menosprecio de la gloria, la cual es la aprobación que el mundo hace de los actos que ponemos en evidencia. Quien nos ordena el escondernos y no cuidar sino de nosotros mismos; quien no consiente que seamos conocidos de los demás, pretende todavía menos que seamos honrados y glorificados; por eso Epicuro aconseja á Idomeneo que en manera alguna gobierne sus acciones conforme á la opinión ó fama de las gentes, como no sea para evitar las molestias accidentales que el menosprecio de los hombres puede acarrearle.

Estas reflexiones son absolutamente verdaderas; á mi entender están de todo en todo de acuerdo con la razón; mas acontece que nosotros somos, no sé por qué causa, dobles en nuestra naturaleza, lo cual da margen á que aquello que creemos no lo creamos realmente y que no podamos desechar lo que condenamos. Veamos las últimas

1. Ven hacia acá, Ulises laudabilísimo, el honor más relevante que en la Grecia florezca. — Versos traducidos de la *Odisea*, XII, 184.

2. ¿Qué será la gloria mayor si es solamente gloria? *JUVENAL, Sat. VIII, v. 81.*

palabras que Epicuro profiere al morir; en verdad son grandes y dignas de tal filósofo; pero en ellas hay algo que recomienda su nombre, lo cual está en contradicción con las ideas que encierra su doctrina. He aquí la carta que dictó antes de exhalar el último suspiro:

« EPICURO SALUDA Á HERMACO.

» En tanto que transcurre el feliz y postrero día de mi vida, escribo esto, con un dolor, sin embargo, en la vejiga y en los intestinos que nada puede añadirse á su intensidad; pero el mal va compensado con el placer que procura á mi alma el recuerdo de mis ideas y reflexiones. Tú, como exige la afición que desde la infancia me profesaste, á mí y á la filosofía, favorece y hazte cargo de los hijos de Metrodoro.»

Tal es la carta. Lo que me hace imaginar que el placer que Epicuro experimenta en su alma merced á sus ideas, reconoce en algún modo como fundamento la gloria que esperaba alcanzar después de su muerte, es las disposiciones de su testamento, según el cual « Aminomaco y Timócrates, sus herederos, proveen para la celebración del día de su natalicio, todos los años en el mes de enero, á los gastos que Hermaco había de ordenar, lo mismo que á los dispendios que se habían de hacer el veinteno día de cada luna en provecho de los filósofos sus familiares, que se congregarian para honrar la memoria de Epicuro y Metrodoro.»

Carneades predicó doctrina contraria, y sostuvo que la gloria era por sí misma deseable, de igual suerte que abrazamos á nuestros póstumos por sí mismos, sin ningún conocimiento ni goce. Esta opinión ha sido más comúnmente seguida, como suelen serlo las que se acomodan mejor á nuestras inclinaciones. Aristóteles concede á la gloria el primer rango entre los bienes externos, y recomienda que se eviten, como dos extremos viciosos, la immoderación en el buscarla y el exceso en el huirla. Yo creo que si hubieran llegado á nosotros los tratados que Cicerón dejó escritos sobre este asunto tendríamos ocasión de conocer cosas singulares, pues este hombre fué de un temperamento tan furibundo por la gloria, que acaso hubiese caído en el exceso en que dieron otros al asegurar que la virtud misma no era apetecible ni deseable sino por el honor que la acompaña siempre:

Paulum sepultæ distat inertæ  
Celata virtus<sup>1</sup>:

idea tan errónea, que me entristece el que haya nunca

1. La virtud oculta difiere poco de la mortal inercia. *HORACIO, Od., IV, 9, 29.*

podido albergarse en entendimiento de hombre que tuviera el honor de llevar el dictado de filósofo.

Si tal principio fuera cierto, no habría que ser virtuoso sino en público; y las operaciones del alma, donde el asiento verdadero de la virtud reside, sería inútil mantenerlas ordenadas y arregladas en tanto que los demás no tuvieran conocimiento de ello. El toque estaría en cometer delitos fina y sutilmente. « Si sabes, dice Carneades, que una serpiente permanece oculta en el lugar en que ignorándolo va á sentarse alguien que encontrará la muerte, y de la cual esperas recibir beneficio, haces mal en no advertírsele, tanto más cuanto que el acto que realizas no debe ser conocido sino de ti mismo. » Si en nosotros mismos no encontramos la ley del bien obrar, si á nuestros ojos la impunidad es justicia, ¿ á cuántas suertes de maldades no nos abandonaremos todos los días? La acción que Sexto Peduceo practica devolviendo religiosamente las riquezas que C. Plotio le encomendara (nadie sino los dos lo sabían, yo hice otro tanto con frecuencia) no la tengo por tan laudable, como encontraría digno de execración el que no hubiéramos cumplido tal deber. Creo bueno y útil de recordar en nuestros días el ejemplo de P. Sextilio Rufo, á quien Cicerón acusa por haber recibido una herencia contra su conciencia, no contra las leyes, sino ayudado por ellas. M. Craso y E. Hortensio, que merced á su autoridad y poder fueron llamados por un extranjero á la sucesión de un testamento falso, á fin de recoger por este medio su parte, conformáronse con no ser cómplices de la falsedad, mas no rechazaron el sacar provecho, considerándose como á cubierto con mantenerse al abrigo de las acusaciones de los testigos y de las leyes: *Meminerint Deum se habere testem, id est (ut ego arbitror), mentem suam*.

Es la virtud cosa bien vana y frívola cuando de la gloria alcanza su recomendación. Inútilmente nos obstinaríamos en aislarla y desunirla, porque, ¿ qué cosa hay más casual que la nombradía? *Profecto fortuna in omni re dominatur: ea res cunctas ex libidine magis, quam ex vero, celebrat obscuratque*<sup>2</sup>.

El procurar que nuestras acciones sean conocidas y vistas es por entero obra del acaso; es la suerte la que nos suministra la gloria, conforme á su inestabilidad. Muchas veces la vi marchar delante del mérito y otras sobrepujarlo con generosa medida. Quien encontró primero semejanza entre la gloria y la sombra fué más perspicaz de lo que quiso; cosas son ambas de una vanidad perfecta:

1. Es necesario recordar que tenemos á Dios por testigo, y este testigo, á mi ver, es nuestra propia conciencia. CICERÓN, *de Offic.*, III, 10.

2. Todo lo domina la fortuna con su imperio; mientras á unos los lleva al pináculo deja á otros en la oscuridad; muévela menos el mérito que el capricho. SALUSTIO, *Bell. Catilin.*, c. 8.

también la sombra precede al cuerpo que la proyecta, ó le excede con mucho en longitud. Los que enseñan á la nobleza á no buscar en ella nada que del honor difiera, *quasi non sit honestum quod nobilitatum non sit*<sup>1</sup>, ¿ qué pretenden con ello sino amaestrarla en no echarse en brazos del azar cuando sus acciones no son vistas, y hacer que paren mientes en si hay testigos que puedan dar nuevas de sus proezas, allí mismo donde se presentan ocasiones mil de bien obrar sin que haya posibilidad de que la acción pueda ser advertida? ¿ Cuántas hermosas proezas individuales quedan enterradas en medio de la confusión de una batalla! Quien se entretiene en considerar á los demás durante el combate no trabaja mucho por si propio declarándolo, por el testimonio que da de las debilidades de sus compañeros. *Vera et sapiens animi magnitudo, honestum illud, quod maxime natura sequitur, in factis positum, non in gloria, judicat*<sup>2</sup>.

Toda la gloria que yo pretendo alcanzar de mi existencia consiste en haberla vivido tranquila; tranquila, no según Metrodoro, Arcesilao ó Aristipo, sino según yo mismo. Puesto que la filosofía no supo encontrar ningún camino que condujera á la calma de la vida, y que fuera aplicable á todos, que cada cual lo busque de por sí.

¿ Á quién deben César y Alejandro esa grandeza infinita de su fama sino á la casualidad? ¿ Cuántas vidas extinguió el destino en el comienzo de sus progresos, de las cuales no tenemos conocimiento alguno, y que estuvieron dotadas de la misma entereza que aquéllos, y que hubieran llevado á cabo iguales portentos si la desdicha de su suerte no las hubiese detenido de pronto en el germinar mismo de sus empresas? Al través de tantos y tan extremos peligros no sé que César fuera jamás herido; miles y miles de hombres fueron muertos arrojando el menor riesgo entre los más chicos que él venció. Infinitas acciones hermosas deben desvanecerse, sin que haya medio que pueda testimoniárselas, antes de que una sola venga á nuestro conocimiento. No siempre se permanece en lo alto de una brecha, ó á la cabeza de un ejército, ó á la vista del general, como sobre un andamio: se es sorprendido entre los setos y el foso; precisa tentar fortuna contra un gallinero; es indispensable atrapar á cuatro mezquinos arcabuceros, que anidaron en una granja; es menester apartarse de las tropas y atacar solo, conforme las circunstancias lo exijan. Y á considerar las cosas detenidamente verás á mi entender lo que la experiencia nos enseña, ó sea que las ocasiones menos bri-

1. Como si una acción no fuera virtuosa más que cuando ha sido celebrada. CICERÓN, *de Offic.*, I, 4.

2. En los actos virtuosos y no en la gloria fundamenta su honor el alma verdaderamente grande. El honor es el fin principal de la humana naturaleza. CICERÓN, *de Offic.*, I, 19.

llantes son las más peligrosas, y que en las guerras que han tenido lugar en nuestro tiempo se perdieron más hombres valerosos en circunstancias mezquinas, en el disputarse de una bicoca, que en ocasiones dignas y honrosas.

Quien considera su muerte como mal empleada de no alcanzarla en momento señalado, en lugar de ilustrarla obscurece de intento su vida dejando escapar mientras tanto muchas ocasiones meritorias de arriesgarse. Todas aquellas que son justas, son suficientemente notables; la conciencia de cada uno trompeta de sobra sus hazañas. *Gloria nostra est testimonium conscientiae nostrae*<sup>1</sup>.

Quién no es hombre valeroso sino porque los demás lo sepan, y porque le estimarán mejor luego de haberlo sabido; quien no ejecuta las buenas obras sino á condición de que su virtud vaya en derechura al conocimiento de los hombres, ése no es persona de quien pueda sacarse gran provecho.

Credo che 'l resto di quel verno cose  
Facesse degne di tenerne conto,  
Ma fur sin da quel tempo si nascose,  
Che non è colpa mia s' or non le conto:  
Perchè Orlando a far l'opre virtuose.  
Più ch' a narrarle poi, sempre era pronto,  
Nè mai fu alcuno de' suoi fatti espresso,  
Se non quando ebbe i testimoni appresso

Es necesario ir á la guerra para cumplir un deber, y aguardar la recompensa que no puede faltar á todas las acciones hermosas, por ocultas que sean, ni siquiera á los virtuosos pensamientos: tal es el único contentamiento que una conciencia bien ordenada recibe en sí misma por el bien obrar. Es necesario ser valiente por sí mismo y por las ventajas que acarrea el tener el ánimo colocado en firme asiento y seguridad, contra los asaltos de la fortuna:

Virtus, repulsæ nescia sordidæ,  
Intaminatis fulget honoribus;  
Nec sumit aut ponit secures  
Arbitrio popularis auræ<sup>2</sup>.

No porque los demás lo vean y lo sepan debe nuestra alma desempeñar su papel, sino para nosotros, interiormente, donde no lleguen otros ojos que los nuestros. Allí el alma nos resguarda del temor de la muerte, de los dolores y de

1. Nuestra gloria es el testimonio de nuestra conciencia. SAN PABLO, *Epist. ad Corinth.*, II, 1, 12.

2. Yo creo que en lo restante de aquel invierno hizo Rolando cosas muy dignas de memoria; mas hasta ahora se guardaron todas tan secretas que ninguna culpa me cabe al no relatarlas, pues mi héroe estuvo siempre más presto á realizar acciones hermosas que á divulgarlas; y nunca sus empresas fueron pregonadas sino cuando tuvo testigos que las presenciasen. ARIOSTO, *Orlando*, canto XI, estancia 81.

3. La virtud, libre de flaquezas, resplandece con luz inextinguible empuñando su cetro con mano firme, sin escuchar las voces de la plebe. HORACIO, *Od.* III, 2, 17.

la deshonra misma; allí nos procura la calma cuando perdemos nuestros hijos, nuestros amigos ó nuestros bienes; y cuando las circunstancias lo exigen nos conduce á los peligros de la guerra; *non emolumento aliquo, sed ipsius honestatis decore*<sup>1</sup>. Este provecho es mucho más grande y más digno de ser apetecido y esperado que el honor y la gloria, los cuales no son otra cosa que un juicio favorable que de nosotros se hace.

Precisa elegir de entre toda una nación una docena de hombres para juzgar de una aranzada de tierra, y el juicio de nuestras inclinaciones y de nuestros actos, que es lo más complicado é importante entre todas las cosas existentes, lo encomendamos á la voz común, á la turbamulta, madre de toda ignorancia, de toda injusticia y de toda inconstancia. ¿Es razonable hacer depender la vida de un hombre cuerdo del juicio de los locos? *An quidquam stultius quam, quos singulos contempnas, eos aliquid putare esse universos*<sup>2</sup>? Quien endereza sus miras á complacerlos jamás hizo nada señalado; es un blanco intangible y que carece de forma. *Nil tam inestimabile est quam animi multitudinis*<sup>3</sup>. Demetrio decía graciosamente de la voz del pueblo que no hacía más mérito de la que le salía por arriba que de la que le salía por abajo. Cicerón va más allá todavía: *Ego hoc judico, si quando turpe non sit, tamen non esse non turpe, quum id a multitudine laudetur*<sup>4</sup>. Ningún arte, ninguna flexibilidad de espíritu sería capaz de dirigir nuestros pasos en seguimiento de un guía tan extraviado y tan sin norma: en esta confusión, que sólo el viento gobierna, compuesta de tantos ruidos y opiniones vulgares como nos empujan, no puede fijarse ningún camino aceptable. Desechemos un fin tan flotante y volandero; vayamos constantemente en pos de la razón; que la aprobación pública nos siga por virtud de ese principio, si es que quiere seguirnos. Como ésta depende por entero del acaso no hay para qué seguir tal ó cual dirección. Aunque por su derechura no siguiera yo el recto camino, practicaríalo porque la experiencia me enseñó que en fin de cuentas es el más dichoso y el más ventajoso: *Dedit hoc providentia hominibus munus, ut honesta magis juarent*<sup>5</sup>. Aquel marinero de la antigüedad decía así á Neptuno, en medio de una gran tormenta: « Oh dios, tú me salvarás si lo tienes

1. No por interés, sino por rendir homenaje á la virtud. CICERÓN, *de Finibus*, I, 10.

2. ¿Hay mayor necesidad que creer que juntos son algo los que uno á uno nos inspiran menosprecio? CICERÓN, *Tusc. quest.*, V, 36.

3. Nada menos estimable que los juicios de la multitud. TITO LIVIO, XXXI, 34.

4. Cuando el vulgo alaba una cosa, aun suponiendo que no sea mala, á mi comienzo á parocérmelo. CICERÓN, *de Finibus*, II, 15.

5. La providencia nos ha otorgado el don valioso de que lo honesto sea lo que más nos favorece. QUINTILIANO, *Instit. orat.*, I, 12.

á bien, y, si no, me perderás; pero yo mantendré siempre derecho mi timón.» He conocido mil hombres hábiles, mestizos y ambiguos, á quienes todo el mundo consideraba como más prudentes que yo en el manejo de las cosas del mundo, que se fueron á pique en ocasiones en que yo logré salvarme:

Risi successu posse carere dolos <sup>1</sup>.

Cuando Paulo Emilio se dirigió á su gloriosa expedición de Macedonia advirtió sobre todo al pueblo romano « que contuviera la lengua en el hablar de sus acciones durante su ausencia ». La licencia en el juzgar acarrea una perturbación grande en el gobierno de los negocios importantes, pues no todos están dotados de la firmeza de Fabio para rechazar la voz del pueblo adversa é injuriosa, el cual prefirió que se desmembrara su autoridad para con las vanas ideas de los hombres, por cumplir mejor su misión, no haciendo ningún caso de la reputación favorable y consentimiento popular.

Existe yo no sé qué dulzura natural en ser alabado, pero nosotros la hacemos subir de punto:

Laudari haud metuam, neque enim mihi cornea fibra est;  
Sed recti finemque, extremumque esse recuso,  
Euge tuum, et belle <sup>2</sup>.

Yo no me cuido tanto de lo que soy para otro como me desvelo de lo que soy para mí mismo. Quiero ser rico con mis propios bienes, no con los prestados. Los extraños no ven más que los acontecimientos y las apariencias externas; cada cual puede poner cara de pascua por fuera, aunque por dentro le consuman la calentura y el espanto; los que me rodean no ven mi corazón, no ven más que mi continente. Con razón se censura la hipocresía que se ve en la guerra, pues nada hay más sencillo para un hombre experto que escapar el peligro y simular el esfuerzo, mientras el ánimo flaquea ó cae deshecho por los suelos. Hay tantos medios de evitar individualmente las ocasiones de exponerse, que podemos engañar mil veces al mundo antes de poner el pie en un lugar donde el peligro nos amenace; y aun entonces, encontrándonos entre la espada y la pared, sabremos ocultar las emociones de nuestro rostro, expresándonos con palabra serena, aunque nuestra alma vacile interiormente. Seguro es que quien pudiera echar mano del anillo platónico, que tenía la virtud de hacer invisible al que lo llevaba volviendo la piedra del lado de la palma de la mano, ocultaríase donde le precisa hacerse más visi-

1. Rei de que el éxito pudiera ser contrario al dolo. OVIDIO, *Heroid.*, I, 48.  
2. No me disgusta que me alaben, porque mi complexión es falsa, pero rechazo la idea de que el fin y última mira de nuestras acciones sea conseguir que nos digan: ¡Oh, qué bella es tu obra! PERSIO, *Sat.*, I, 47.

ble, y se arrepentiría de verse colocado en lugar tan honroso, en el cual la necesidad le fuerza á ser valiente.

Falsus honor juvat, et mendax infamia terret  
Quem, nisi mendosum et mendacem <sup>1</sup>?

He aquí cómo todos esos juicios que se formulan á la vista de las externas apariencias son extraordinariamente inciertos y dudosos. Ningún testimonio existe más seguro que el que cada uno encuentra dentro de su espíritu. ¿Cuántos galopines no vemos que merced á aquellas artimañas son tenidos por héroes? Quien se mantiene firme en una trinchera descubierta ¿en qué supera á cincuenta pobres cavadores que se encuentran junto á él, y que le abren el paso y le cubren con su cuerpo por cinco sueldos de jornal?

Non, quidquid turbida Roma  
Elevet, accedas; examenque improbum in illa  
Castiges trutina: nec te quaesiveris extra <sup>2</sup>.

Llamamos engrandecer nuestro nombre á esparcirlo y sembrarlo de boca en boca; queremos que sea recibido en buena parte y que tal crecimiento le sirva de provecho; esto es lo más excusable que pueda presentarse en el designio de perseguir la gloria. Pero el exceso de esta enfermedad llega hasta tal punto que muchos buscan que se hable de ellos de cualquier suerte que sea. Trogo Pompeyo dice de Erostrato, y Tito Livio de Manlio Capitolino, que ambos desearon más la grande que la buena reputación. Lo cual es un vicio corriente. Estamos más impacientes de que se hable de nosotros que de que se haga en bueno ó en mal sentido. Nos basta con que nuestro nombre corra en boca de las gentes, de cualquiera condición que sea la fama que alcancemos. Diríase que el ser conocido fuera en algún modo tener la vida y la duración de la misma en la guarda de los demás. Yo permanezco encerrado dentro de mí mismo, y esa otra vida que habita en el conocimiento de mis amigos, si la considero al desnudo y simplemente en ella misma, bien se me alcanza que no saco fruto ni goce sino por la vanidad de una opinión quimérica; y cuando yo muera influirá sobre mí mucho menos, pues entonces perderé por entero el beneficio de la verdadera utilidad que accidentalmente suele seguirla á veces. No tendré por dónde coger la reputación ni por dónde ésta pueda tocarme ni llegar á mí, pues de aguardar que recaiga en mi nombre, en primer lugar no tengo uno que sea suficientemente mío; de los dos que llevo, el uno es común á todas

1. ¿A quién halaga el honor falso, y á quién asusta la calumnia infundada sino al que es indigno y falaz? HORACIO, *Epist.*, I, 46, 39.  
2. No aceptes las decisiones de la veleidosa Roma, ni gastes en contrariarlas tus improbos esfuerzos. No debes buscar fuera de ti tu propio juicio. PERSIO, *Sat.*, I, 5.

mis ascendientes y también á otros que no lo son. Una familia hay en Paris y otra en Montpellier que se llaman Montaigne; y otras dos en Bretaña y en Saintonge, llamadas de la Montaña; la modificación de una sola sílaba unirá de tal suerte nuestras acciones que á mi me cabrá parte en sus glorias y á ellos quizás en mi deshonra. Si los míos se nombraron antaño Eyquem, este apellido corresponde todavía á una conocida casa de Inglaterra. Por lo que toca al nombre mío, pertenece á quien quiera tomarlo, de manera que puede ir á dar en manos de cualquier ganapán. Además, aun cuando yo tuviera un distintivo particular para mí solo, ¿qué puede significar cuando yo no exista? ¿Acaso puede designar y favorecer á la nada?

Nunc levior cippus non imprimit ossa  
Laudat posteritas; nunc non e manibus illis.  
Nunc non e tumulo, fortunataque favilla,  
Nascuntur violæ<sup>1</sup>;

pero de esto hablé ya en otra parte. Por lo demás, en una batalla en que diez mil hombres son destrozados ó muertos, ni siquiera hay quince de quienes se hable. Es preciso que se trate de alguna grandeza suprema ó de algún hecho de consecuencia trascendental que el acaso junte, los cuales hagan resaltar una acción particular, no de un arcabucero solamente sino de un capitán. Porque matar un hombre, ó dos, ó diez; presentarse valerosamente á la muerte, si bien es para todos asunto importante, pues la vida es lo que más se estima, para el mundo es cosa ordinaria y corriente que se ve todos los días; y son necesarias tantas para llegar á producir un hecho señalado, que de ello no podemos aguardar ninguna particular recomendación.

Casus multis hic cognitus, ac jam  
Tritus, et e medio fortunæ ductus acervo<sup>2</sup>.

De tantas millaradas de hombres valientes que murieron en Francia de mil quinientos años acá con las armas en la mano, no hay ni ciento que hayan llegado á nuestra memoria. No ya sólo el nombre de los jefes, sino el de las batallas y victorias quedó enterrado en el olvido. Las azafías de más de la mitad del mundo, á falta de quien las anote, bórnanse sin dejar ninguna huella. Si en mi posesión tu viera los acontecimientos desconocidos, creo que sería facilísimo obscurecer con ellos los conocidos y celebrados en toda suerte de ejemplos. Entre los mismos romanos y los griegos, entre tantos escritores y testimonios, al través de tan nobles y raras empresas, ¡cuán pocos son los que llegaron á nosotros!

1. No me será más leve la tierra porque la posteridad me alabe, ni por ello ha de cubrirse de violetas mi sepulcro. *PERSIO, Sat., I, 37.*  
2. Un suceso que á muchos ocurrió ya, uno de esos casos que el acaso origina diariamente. *JUVENAL, Sat., XIII, 9.*

Ad nos vix tenuis famæ perlabitur aura

Milagro será si de aquí á cien años se recuerda á bulto que en nuestra época hubo en Francia guerras civiles. Los lacedemonios hacían sacrificios á las Musas al entrar en batalla, á fin de que sus gestas fueran bien y dignamente relatadas, considerando como favor divino y no común el que las acciones brillantes encontraran testigos que supieran imprimirlas vida y memoria. ¿Pensamos quizás que á cada arcabuzazo que nos hiere y á cada inminente peligro que corremos haya un cronista que los registre? Cien cronistas podrían consignarlos en sus comentarios sin que por ello duraran más que tres días, sin llegar á la vista de nadie. Ni siquiera hemos alcanzado la milésima parte de los escritos de los antiguos; el acaso es lo que les dió vida más corta ó más dilatada, según su capricho; y de lo que disfrutamos, lícito nos es dudar si es lo peor, puesto que no hemos visto lo demás. No se traman historias con tan poca cosa; es necesario haber sido cabeza en la conquista de un imperio ó de un reino; es preciso haber ganado cincuenta y dos batallas campales, haber sido constantemente más débil en número, como César; diez mil soldados y muchos capitanes murieron hallándose á sus órdenes, valiente y valerosamente, de quienes el nombre se desvaneció con la muerte de sus mujeres é hijos:

Quos fama obscura recondit<sup>3</sup>.

De entre aquellos á quienes vemos realizar actos grandes, tres años ó tres meses después de cesar en el desempeño de sus cargos ya nadie se acuerda de ellos; ocurre lo propio que si no hubieran existido. Quien considere con proporción y justa medida de qué gentes y de qué hechos la gloria guarda memoria en los libros, hallará que en nuestro siglo hay muy contadas acciones y personas muy contadas que puedan tener á aquélla legítimo derecho. ¿Cuántos hombres notables no hemos visto sobrevivir á su propia reputación, que vieron extinguirse en su propia presencia el galardón que justamente adquirieran en sus verdes años? ¡Y por tres de esa vida quimérica é imaginaria vamos perdiendo nuestra existencia esencial y transportándonos á una perpetua muerte! Los filósofos enderezan su vida á un más hermoso y más justo fin que esa empresa de importancia tan capital: *Recte facti, fecisse merces est*<sup>4</sup>. — *Officii fructus, ipsum officium est*. Sería quizás disculpable que un pintor ú otro artista semejante, y

1. La voz de la fama, perceptible apenas, apenas nos transmitió su nombre. *VIRGILIO, Eneid., VII, 646.*  
2. A los que la fama dejó en la obscuridad. *VIRGILIO, Eneid., V, 302.*  
3. La recompensa de una buena acción es haberla practicado. *SÉNeca, Epist., 81.* — El beneficio de un favor es el favor mismo.

también un retórico ó un gramático, se trabajaran por adquirir nombre merced á sus obras, mas las acciones de la virtud son por sí mismas demasiado nobles para buscar otra recompensa que su valer peculiar, y mucho menos en la vanidad de los juicios humanos.

Si al menos esta falsa opinión sirve para que los hombres se mantengan dentro de su deber; si el pueblo con ella se despierta á la virtud; si los soberanos se conmueven al ver que el mundo bendice la memoria de Trajano y abomina la de Nerón; si los afecta el ver el nombre de este gran bribón en su tiempo causar horror y hoy maldecido y ultrajado á voz en grito por el primer colegial que conoce su vida, que la gloria se alimente entre nosotros cuanto sea dable. Platón al emplear todos los medios que su espíritu le sugeria para convertir á la virtud á sus ciudadanos aconsejábales que no menospreciasen la buena reputación y estimación de los pueblos; y añade que merced á una divina inspiración acontece que hasta los malos mismos, así de palabra como ideológicamente, saben equitativamente distinguir á los buenos de entre los perversos. Este filósofo y su pedagogo<sup>1</sup> son ingeniosos y atrevidos para hacer intervenir la revelación y las leyes divinas donde quiera que faltan las fuerzas humanas; *ut tragici poete ad deum, quum explicare arguménti exitum non possunt*<sup>2</sup>: por eso con designio injurioso le llamaba Timón gran forjador de milagros. Puesto que los hombres, á causa de su incapacidad, no pueden pagarse en buena moneda, apélese también á la falsa. Este medio ha sido practicado por todos los legisladores, y no hay república en que deje de encontrarse alguna mezcla, ya de vanidad ceremoniosa, ya de opinión mentirosa, que sirve de freno á sujetar los pueblos á la obediencia. Por eso la mayor parte de ellos muestran los comienzos fabulosos, enriquecidos de misterios sobrenaturales; esto es lo que dió crédito á las religiones bastardas é hizo que las gentes de entendimiento no las miraran con malos ojos. Por eso Numa y Sertorio, para convertir en creyentes á sus huestes, las apacentaban con esta simpleza: el uno que la ninfa Egeria, y el otro que su cierva blanca les aconsejaban de parte de los dioses las determinaciones que tomaban. La autoridad que Numa dió á sus leyes bajo la advocación y patronato de esa diosa, Zoroastro, el legislador de los bactrianos y de los persas, la dió á las suyas bajo el patronato del dios Oromazis; Trimegisto, legislador de los egipcios, se sirvió de Mercurio; Zamolxis, el de los escitas, de Vesta; Carondas, el de los cálcidas, de Saturno; Minos, el de los candiotas, de Júpiter; Licurgo, el de los lacedemonios, de Apolo; Dracón y Solón, legislado-

1. Sócrates.

2. Como los poetas trágicos recurren á los dioses cuando no aciertan con el desenlace de sus obras. CICERÓN, *de Nat. deor.*, I, 20.

res del pueblo ateniense, de Minerva. Todo gobierno, en suma, tiene un dios á su cabeza; falsos todos los demás. verdadero el que Moisés levantó al pueblo de Judea, salido de Egipto. La religión de los beduinos, como dice Joinville, predicaba entre otras cosas que el alma del que moría por su príncipe se iba á otro cuerpo más dichoso, más hermoso y más fuerte que el primero que había ocupado. Empujados por esta creencia, exponían la vida de mejor gana.

In ferrum mens prona viris, animæque capaces  
Mortis, et ignavum est redituræ parcere vitæ<sup>1</sup>.

Fe saludable, aunque vana. Cada pueblo guarda ejemplos semejantes en sus costumbres, pero asunto es éste que merecería capítulo aparte.

Y por añadir aún una palabra más sobre lo primero de que hablé en este capítulo, diré que tampoco aconsejo á las damas que llamen su honor á lo que no es más que su deber; *ut enim consuetudo loquitur, id solum dicitur honestum, quod est populari fama gloriosum*<sup>2</sup>; éste es el jugo, aquél sólo la corteza. Tampoco las aconsejo que nos pongan por pantalla el honor como pretexto de su oposición, pues supongo que sus intenciones, deseos y voluntad, cosas que nada tienen que ver con el honor, como que nada de ello aparece al exterior, están en ellas mejor ordenados que los efectos exteriores:

Quæ, quia non liceat, non facit, illa facit<sup>3</sup>.

la ofensa á Dios y á la propia conciencia será tan grande al desearlo como al efectuarlo; y además son esas por sí mismas acciones tapadas y ocultas. Sería fácil que ocultaran alguna al conocimiento de los demás, de la cual el honor dependiese, si no tuvieran otro respeto al deber y á la afección, distinto del que tienen á la castidad por sí misma. Toda persona de honor prefiere perder éste antes que la conciencia.

## CAPÍTULO XVII

### DE LA PRESUNCIÓN

Hay otra clase de gloria que consiste en la opinión demasiado ventajosa que formamos de nuestro valer. Es una afección inmoderada, merced á la cual nos idolatramos, y

1. Con las armas en la mano el valor se exalta y los ánimos se sienten capaces de morir, pues sería necio querer salvar una vida que aunque se pierda renace luego, LUCANO, I, 461.

2. De la propia suerte que en el lenguaje corriente se llama honrado lo que juzga glorioso la voz de la fama. CICERÓN, *de Finib.*, II, 15.

3. La que por no ser lícita una cosa deja de hacerla obra lo mismo que si la hiciera. OVIDIO, *Amor*, III, 4, 4.